



EL SOCIALISMO EN LA POSGUERRA FRÍA

Henry SALDIVAR CANALES

El efecto más perdurable del fin de la Unión Soviética es el haber marcado el comienzo de una nueva época en la política internacional denominada de posguerra fría. Esta ha dado origen a una arquitectura mundial en la que prevalece el unipolarismo militar norteamericano junto con una nueva multipolaridad económica emergente, lo que ha obligado a un reajuste general de los estados periféricos. A partir de este hecho, fundado en un gran acuerdo ideológico de las grandes potencias sobre la democracia y los mercados libres, en la que los EEUU ostentan la condición de *primus inter pares* de la principal alianza de la posguerra fría como es el G-7, han surgido en los debates norteamericanos sobre la nueva época, dos grandes y primeras cosmovisiones: la competencia económica y el choque de las civilizaciones.

En unos existe la idea de que los bloques comerciales no serían sino etapas intermedias para el establecimiento del comercio mundial, y que en este mismo proceso se irían estableciendo regulaciones regionales que permitirían coordinar de mejor ma-

nera las economías nacionales a través de la OMC. Otros conciben los acuerdos regionales y subregionales como parte de una etapa de preparación para la consolidación de bloques regionales, que se disputarían el comercio mundial en las potenciales áreas que queden fuera de los bloques y, al mismo tiempo, se otorgarían beneficios o penas entre ellos.

En el mundo existen, por otra parte, conglomerados de países con grandes y profundas asociaciones culturales como el islamismo, el catolicismo, el budismo, el hinduismo. En cada una de estas áreas, integradas por Estados-naciones clásicos, existen verdaderos cuerpos de creencias, valores morales, prácticas y costumbres, que constituyen distintos horizontes culturales, determinantes en sus comunidades políticas y económicas. De tal manera que, amenazados por conflictos futuros de raíz económica o civilizacional, en la posguerra fría nos encontramos con un contexto internacional que corresponde a un verdadero «cambio epocal», en el que participan no sólo Estados-naciones y asociaciones económicas multinacionales, sino que también envuelve crecientemente a los pueblos llegando a afectar a civilizaciones enteras, en las que ya no se pueden eludir los elementos más claros de la más poderosa, compleja y genuina tendencia mundial que está emergiendo en la posguerra fría: un espacio planetario donde se practica el libre comercio, se aprecia el *status-quo* de los equilibrios estatales y se busca la integración regional.

El llamado proceso de globalización ha promovido la emergencia de nuevos actores internacionales de carácter regional o subregional, de los cuales el más avanzado es la Unión Europea y el más reciente el NAFTA. El establecimiento paulatino de la UE con capacidad como megaactor —puesto a prueba con la moneda única y un esquema de seguridad común— en el supuesto de la utilización a plena capacidad de sus recursos económicos, políticos y culturales, se transformaría en el referente económico-político más importantes del planeta, lo que originaría una nueva oportunidad para el liderazgo mundial europeo, lo que consecuentemente reordenaría las prioridades globales. Por su parte, el triunfo de los partidos socialistas en las elecciones europeas de los noventa —gobiernan o participan del gobierno en 13 países de 15 que componen la Unión Europea— ha despertado expectación mundial, sobre todo en los distintos partidos socialistas del resto del planeta. Pareciera que el socialismo en Europa está teniendo una nueva oportunidad de liderar las transformaciones en importantes países, constituyéndose en un referente mundial crucial, con un discurso plagado de heterodoxias, renovaciones y adaptaciones.

El proyecto histórico del socialismo democrático —basado en su experiencia europea occidental— parece haber recobrado sus posibilidades de construcción de futuro. En el propio seno de estas sociedades se han reconstituido fuerzas socialistas y progresistas que tienen como objetivo establecer un programa político, anclado en su propia experiencia y centralmente basado en la sustantivación de la democracia; buscando vincular estrechamente crecimiento económico, desarrollo social y democratización de la vida política, proceso en el cual se encuentra a la vanguardia mundial.

De allí que la persistencia del pensamiento marxista, en una época donde se produce el hundimiento de las ideologías, no deja de ser paradójal. Crípticamente tratada por sus cultores, la concepción marxiana del fin de la historia —que resultaba ser un postulado doctrinal clásico de ésta— ha reaparecido en el universo mediático, reinterpretado por la derecha norteamericana como el triunfo de la democracia norteamericana sobre todos los regímenes alternativos ensayados a partir de la Revolución Francesa.

De tal manera que el fin de la historia planteó el crucial y áspero debate ideológico de los 90 —el mismo que muchos europeos se toman como farsa—, ya que, a partir de este concepto, es posible comprender en sustancia los cambios históricos que se plantean en el nacimiento de una nueva época. En esta discusión están comprendidos, en perspectiva, fenómenos como la crisis de los paradigmas, el fin de las utopías, y el conflicto social del futuro. ¿Es la democracia parte sustancial de la nueva época? En la mayoría de los países del mundo aún la democracia encuentra obstáculos para su arraigo y maduración por procedimientos democráticos. ¿Quién puede negar la contribución del marxismo, en sus distintas vertientes, a construir un sujeto nacional y popular que vertebró las aspiraciones democráticas de las clases subalternas en distintos puntos del planeta?

De hecho, el marxismo es la filosofía más popular del siglo XX en el plano global. Después de todo, Marx tiene el honor de ser un pensador europeo que se propagó a todas las regiones del mundo y pudo ser aceptado por culturas tan diversas como la China, el islam, el cristianismo y los ortodoxos. No hay, entonces, sólo una interpretación plural de Marx en la tradición occidental, sino también un Marx multicultural, aunque sólo sea una filosofía legitimadora del cambio. La multiplicidad de sus lecturas corresponden con la interpretación en las sociedades concre-

tas, donde estas interpretaciones han operado con una relativa autonomía.

Por tanto, el nuevo proyecto del socialismo en la época de posguerra fría no sólo tiene que arreglar cuentas con Marx —si quiere ser de dotado de una gran identidad mundial valórica—, sino también articular y preservar los postulados esenciales a que adhiera cualquier ciudadano de cualquier punto del planeta, basado en su historia, su identidad y su integridad. Consecuentemente, el programa político global del socialismo no podría sino ser establecido sobre la base de la flexibilidad regional y nacional, con participación creciente y voluntaria de los ciudadanos, potenciando la capacidad de opción, cultural y económica, al medio y las circunstancias en que toca llevarlo a cabo.

En este contexto, los socialistas y progresistas de Latinoamérica, atentos a los principales cambios del escenario internacional más próximo, han manifestado un compromiso firme con el socialismo democrático internacional en los noventa y se han propuesto actuar, en este plano, sobre la base de la autonomía nacional y el compromiso latinoamericanista inspirado en la tradición de sus libertadores. Esta inspiración obedece a una voluntad de integración que busca construir una casa común latinoamericana sobre la base de la convergencia económico-política, que pueda reposicionar a la región en el escenario mundial del siglo XXI.

Corre un viento internacional favorable a muchos partidos socialistas en distintas regiones del mundo, el que puede impulsar de manera renovada el proceso de integración regional y la alianza global. De allí que, en este interregno epocal, sea más necesario que nunca que, al interior de éstas fuerzas políticamente se estimule una mayor comprensión de la nueva época que nace y el esclarecimiento de sus principales contradicciones, especialmente de aquellas que afectan al mundo popular y a las comunidades culturales nacionales.

En la época de la posguerra fría, cuyos temas más sustantivos son el triunfo global del capitalismo, el fin de la historia de la lucha de clases antagónicas y los espasmos lingüísticos de una nueva época, el socialismo está nuevamente a la vanguardia en Europa. Sin embargo, Marx sigue reclamando un lugar en la posmodernidad —un estado de la cultura en mutación— en base a su radicalismo filosófico laico que postula la igualdad y libertad de los hombres. Por su parte, el socialismo mundial en los 90 actualiza sus programas políticos y nacen sus nuevos líderes, preocupados por de la administración, las fi-

nanzas sanas, la política exterior y la gobernabilidad, casi sin espíritu, resolviendo ansiosamente la multiplicidad de problemas técnicos que se producen entre el Gobierno, el Parlamento y los partidos.

En consecuencia, el accionar de la Internacional Socialista requiere de un nuevo espíritu para su aliento global, reactualizando lo que siempre tuvo: apostar por la dignidad de todo el hombre y de todos los hombres, sin tregua ni distinción. Y ante todo, asumir los cambios epocales de la sociedad en transición, revalorar la coherencia política, y proponer alternativas, teniendo como centro el desarrollo de la participación ciudadana en una democracia plena, priorizando sus aspectos igualitaristas. Por ello, es necesario replantear cuestiones fundamentales al desarrollo de la cultura política, que ha aportado el pensamiento socialista. Si el espíritu socialista todavía subsiste —entre el fin de una época y el nacimiento de otra—, ha de encontrarse en aquellos que no se resignan. Y fundamentalmente frente a dos cuestiones: la perplejidad desmotivadora de la cultura occidental y la complacencia pasiva frente al advenimiento de una sociedad global que presenta amenazas y oportunidades. Una sociedad cuya característica central será la adquisición, procesamiento y aplicación de la información a un conjunto creciente de problemas, creados por el propio avance científico-tecnológico. De allí que posmodernidad y sociedad futura deban ser señalados en el debate socialista mundial como dos hechos cruciales en los dilemas del presente.

Posmodernidad: Estado de la Cultura

El impacto de las transformaciones que han afectado las reglas del juego de las ciencias y las artes —al final de la sociedad industrial— es de tal magnitud, que es corriente encontrar distintos enfoques disciplinarios de la idea del cambio epocal y la incertidumbre que contamina los distintos saberes e, incluso, el cuestionamiento mismo de un universo comprensible sustantivamente desde la razón. Tales transformaciones pueden comprenderse en relación con la crisis de los metarrelatos, es decir, el fin de la razón utópica, legitimadora moral de la violencia revolucionaria en la época moderna. Por esta razón se ha afirmado que la condición posmoderna es una actitud de incredulidad respecto de los metadiscursos que recurren a los grandes relatos y al mismo tiempo, que se han impuesto las reglas «liberales» de la democracia, un sistema político que no conoce mejores alternativas en la historia, después del largo recorrido desde la Grecia antigua, hasta hoy.

A su vez, las Ciencias Humanas tenían paradigmas interpretativos de las conductas del hombre, basados en metarrelatos. Con el fin de los metarrelatos se quiebran los paradigmas interpretativos y su fragmentación sólo es concebible —al decir de los posmodernos— como una pragmática de todas las disciplinas del conocimiento, una práctica intelectual donde empieza a predominar el tipo de saber técnico. En consecuencia, no hay intelectuales con capacidad de respuesta a la globalidad del impacto, en la filosofía y en la literatura. El impacto los sufren por igual Santo Tomás, Marx o Gramsci, dado que el debate posmoderno parte de la heterogeneidad de los elementos y de una pragmática de las partículas lingüísticas que abandona los supuestos trascendentales.

Así, el poder —al descreer de los metarrelatos— busca su legitimación, en lo que respecta a la justicia social y la verdad científica, en la mera optimización de las actuaciones del sistema. De este debate se han sacado ominosas conclusiones bajo la consigna: «Sed eficientes o pereced». Todo parece ser admisible, en un poder que se entiende legitimado en la medida de sus actuaciones eficaces. De allí que la complejidad de la crisis de las Ciencias Sociales clásicas, que operaban sobre la base de los metarrelatos, se extienda al conjunto de las ciencias llamadas «blandas», mientras que la formalización, acumulación y resultados de las ciencias «duras» ha llevado a nuevas e interminables clasificaciones de saberes y disciplinas que versan sobre el fenómeno humano. Nuevas clasificaciones, basadas en objetos y metodologías diversos, que nos acercan más a la simplificación de este debate epistemológico, que transcurre al interior de tres grandes ámbitos de las ciencias, comprendidos en las disciplinas físicas, biológicas y humanas.

La multidisciplinariedad del conocimiento —como un nuevo enfoque del saber específico clásico— también se ha visto cuestionado en la viabilidad misma del razonamiento racional. Una renacida razón instrumental señorea los principales dominios del saber, mientras se ponen al día los análisis sombríos sobre la razón misma, siendo frecuentes las referencias a los tipos de razón de Nietzsche, los usos de la razón de Foucault y, los fines y convicciones de la razón de Weber. En consecuencia, la condición posmoderna es una actitud de perplejidad —siguiendo a Lyotard— que ha penetrado la cultura occidental al comienzo de una nueva época. Una nueva edad que será planetaria y en la que la cultura occidental será de un barrio de la aldea global. Desde McLuhan hasta Toffler, los futurólogos norteamericanos, y hoy día INTERNET, nos acercan más al nuevo mundo global, aunque aún dependerá para

su materialización, en gran parte, de las condiciones de adaptabilidad y aceptación de las culturas de las comunidades nacionales.

La sociedad de la información y el conocimiento

La envergadura de los cambios en la sociedad moderna ha alcanzado al *ethos* mismo de la vida en común, ya que en el núcleo mismo del capitalismo mundial se gesta un proyecto de nueva sociedad, conocida como «la nueva sociedad del conocimiento», bajo el dominio de un nuevo significado del saber: la técnica. La razón instrumental, convertida en un medio para obtener eficiencia en los múltiples e incesantes complejos procesos específicos, ha ganado la batalla por los cambios en la nueva época.

Muchos auguran que en el próximo siglo la gente utilizará cada vez más su tiempo para asimilar conocimiento y que esto será una necesidad vital en una aldea global caracterizada por la diversificación y una subjetividad social en mutación constante, que obligará con frecuencia a optar con rapidez. Este conocimiento técnico ha traído asociado nuevas revoluciones que han puesto en evidencia la esterilidad de las viejas teorías y paradigmas. De allí que las nuevas revoluciones, que acompañan a una época de cambios, no se hayan producido en el campo político, sino en el ámbito científico y tecnológico:

1. *La Revolución Verde*, que ha puesto en un lugar prioritario a la ecología, el medio ambiente y la protección de la naturaleza. Esto ha traído un mayor grado de intensidad social y política sobre estos temas y la industria verde crece a un ritmo impensable hace una década.
2. *La Revolución Biotecnológica*, cuyos principales avances se registran en el campo de la genética y la reproducción asistida. Los cambios en esta materia han tomado ribetes éticos con la clonación practicada en Inglaterra y abren un vasto campo a la reflexión personal y colectiva sobre las consecuencias de estos importantes avances científicos.
3. *La Revolución en la Ciencia de los Materiales*, que ha incorporado nuevos elementos, producto de los avances de la ingeniería militar, al campo civil. Con ello se han hecho populares los rayos láser, la robótica y la tecnología satelital, que están afectando el tipo de producción y la calidad de vida.

Estos cambios han impactado positivamente en el desarrollo de las telecomunicaciones, de la computación, de los transportes y de la logística, lo que —según Toffler— ha posibilitado la organización de fondos globales permitiendo el desarrollo del mercado mundial de capitales, y el manejo de esta creciente complejidad global requiere de mayor conocimiento. De allí que el valor del conocimiento demostraría que su poseedor está en la avanzada de la subjetividad social, al poseer buena información. El concepto valor-conocimiento alude al «precio del saber» como al «valor creado por el saber». La definición de Sakaiya es que el valor del conocimiento sería el «valor o precio que una sociedad otorga a aquello que la sociedad reconoce como saber creativo».

En consecuencia, habrá un cambio en los ingredientes que confieren valor a un bien o servicio, porque, incluso en los productos convencionales, decrecerán el peso de la materia prima y de los costos de manufacturación y surgirá una estructura de precios donde habrá una hipervaloración del valor-conocimiento, compuesto centralmente de: diseño, tecnología e imagen del producto. De tal manera, la sociedad que está naciendo del derrumbe de las viejas ideas y creencias está influyendo directamente sobre el posicionamiento del conocimiento como el valor central de la vida humana futura. Según Toffler, «el nuevo sistema acelerado para la creación de la riqueza depende cada vez más del intercambio de datos, información y conocimiento. Es “supersimbólico”. Si no se intercambia conocimiento, no se crea riqueza». Dado que reduce la necesidad de materias primas, trabajo, tiempo, espacio y capital, el conocimiento pasa a ser el recurso central de la economía avanzada. A medida que esto sucede, sube su valor.

Por otra parte, el capital y el dinero se están transmutando en conocimiento. El trabajo cambia en paralelo y se torna cada vez más dependiente de la manipulación de símbolos. En consecuencia, con el capital, el dinero y el trabajo moviéndose en la misma dirección, se pasa a una economía supersimbólica y que funciona de acuerdo a unas reglas radicalmente diferentes de aquellas que prevalecieron durante la era de las «chimeneas». En este contexto, Reich ha propuesto reemplazar la tradicional dualidad de clases marxista —burgueses y proletarios— por una tríada, que conformarían los tres trabajos del futuro: los Servicios de Producción, los Servicios en Personas, y los Servicios Simbólico-Analíticos. Los tres trabajos del futuro, al constituirse en servicios, demandan un nuevo concepto del trabajo. Así, muchos creen que esta nueva distinción en el análisis de clases permitiría entender racio-

nalmente las nuevas diferencias sociales, y por ende, la distribución desigual de los recursos que toca a los países en la sociedad multipolar.

Nuevos desafíos del socialismo democrático

La posguerra fría es un período de reacomodo de los grandes poderes ante el vacío que dejó la Unión Soviética. La inexistencia del mundo comunista dejó todo el espacio a merced del capitalismo norteamericano; EEUU, en la cúspide de su hegemonía mundial, lideró una operación militar global, interviniendo el centro del mundo árabe para restablecer el derecho a la autodeterminación de Kuwait frente a Irak. Esta medida fue apoyada en forma unánime por el Consejo de Seguridad y por los países europeos que se plegaron a las acciones emprendidas bajo el mando norteamericano.

El episodio iraquí cristaliza la imagen de EEUU como el único Estado nacional con capacidad de acción global y que adscribe de manera preeminente a dos selectos clubes de potencias mundiales: el Consejo Permanente de Seguridad de las Naciones Unidas y el G-7, grupo de los países más ricos de la tierra. Si bien la época de los 90 conoce a un renacido EEUU convertido en un gigante militar y político, que protege sus intereses en cualquier parte del mundo, no son menos ciertas sus dificultades internas, poniendo una cuota de incertidumbre en el futuro mediano.

Una extendida explicación es que EEUU terminó prácticamente arruinado al concluir la guerra fría, producto de los megaprogramas militares emprendidos por los republicanos con la llegada de Reagan al poder. Al mismo tiempo, enfrenta una fuerte competencia comercial con la Unión Europea y con Japón, comenzando sus primeras disputas económicas, lo que ha llevado a pensar —a algunos autores norteamericanos— en la guerra comercial del futuro, para la cual EEUU no estaría lo suficientemente preparado. Es cierto, por otra parte, que la participación de los EEUU en el producto mundial ha caído y que el actual liderazgo demócrata ha optado por los asuntos económicos internos, lo que ha permitido la recuperación moderada de índices de crecimiento y ha puesto por segunda vez a Clinton en el poder.

En este contexto, los demócratas norteamericanos se han propuesto un consenso ideológico de las grandes potencias en torno al libre comercio, la democracia y el derecho internacional. En su política, han priorizado los foros multilaterales como

escenarios para crear un clima mundial proclive a estas ideas y materializarlas en aquellos Estados que pueden calificar como aliados o socios. Con EEUU practicando un desgano aislacionismo y la Unión Europea limitada por la creación de su propia moneda, China ha avanzado recuperando su territorio histórico en Hong-Kong, y sus advertencias a Taiwan; Japón se ha convertido en el país más rico de la tierra, mientras declinan lentamente Inglaterra y Francia. De manera menos clara, se autoafirma Rusia y la India.

Todo esto transcurre en el espacio de los Estados-nacionales, en lo que Aron llamó el orden anárquico, con un tipo de configuración en que los grandes poderes tienen una influencia significativa sobre Estados más pequeños situados en su contorno geográfico, concertados en foros regionales, fuera o dentro del sistema de Naciones Unidas. Sin embargo, la globalización, en sus múltiples dimensiones, es la tendencia predominante de la posguerra fría. Esta, si bien es intensiva y está presente en todos los países, se diferencia por regiones y al interior de los países mismos y su potencial es incalculable en las modificaciones del futuro orden mundial global. La logística de las comunicaciones mundiales, los transportes y los computadores personales han creado la protocomunidad global en base a un inglés técnico que se extiende por los países en un mundo sin fronteras, sin otro límite que la habilidad para manejar instrumentos y la capacidad para procesar grandes cantidades de información.

De hecho, la globalización ha puesto al Estado-nacional clásico frente a una crisis de identidad: ¿qué Estado y cuánto Estado? El Estado pierde soberanía afectado por procesos de internacionalización, especialmente por la firma de tratados que lo subordinan al derecho internacional, a la opinión de sus socios o al requerimiento de sus aliados. A su vez, también pierde competencias frente a los procesos de descentralización de los actuales Estados democráticos, donde las regiones y las comunidades locales exigen cada vez más participación en la solución de sus problemas más inmediatos; esto crea una dinámica de traspaso gradual de facultades, otrora reservada a los Estados-nacionales. De tal manera, que los nuevos Estados nacionales, sobre todo los latinoamericanos, no terminan aún sus propios procesos de definición de identidades en el mundo de la posguerra fría, un mundo señalado por mercados abiertos, democracias legitimadas y recursos humanos nacionales con *know how* en sus áreas claves.

Así, la «aldea global» sugerida por McLuhan, después de décadas de haberse anunciado, está tomando cuerpo en la década

de los noventa, ya que los más remotos países de la tierra se están vinculando a la globalización mediante la tecnología satelital, los transportes aéreos y los cables de telefonía. Sin embargo, no todos los países viven en democracia, aunque se vean obligados a practicar el libre comercio en áreas restringidas, como China. Otros no respetan el derecho internacional, como Irak. Algunos sencillamente no conocen la democracia, como muchos países africanos, y otros la practican con restricciones autoritarias, como en Latinoamérica y Asia. Se camina hacia la democracia —cuya autoría se la atribuyen los países ribereños del Mar del Norte—, pero se está lejos aún de practicar un sistema análogo al que impera en Europa Occidental y en gran parte de América del Norte.

Estos Estados están a la vanguardia en materia de tendencias democrático-igualitarias, encarnando el ideario democrático desde el confín de la historia occidental. Existe, también, una mayor homogeneización social producto de las mayores oportunidades y, una satisfacción seguridad personal debido a la activa presencia del Estado. Esto hace que la democracia, tal como la practican los Estados occidentales avanzados, constituya el arquetipo global del sistema político, lo que, con limitaciones, tiende a satisfacer los requerimientos de igualdad, libertad y participación de las sociedades modernas.

En consecuencia, la nueva época nace marcada por un estado de acuerdo general entre los grandes poderes y un profundo reacomodo económico y comercial de los países, respondiendo al desafío del libre comercio mundial y a la práctica creciente de bloques comerciales estatales, en un mundo profundamente competitivo en la búsqueda de nuevos mercados. En distintas regiones del mundo, inspiradas en el modelo europeo, nacen asociaciones multinacionales que crean espacios de libre comercio administrados por acuerdos entre Estados. En este incesante interactuar regional y mundial se propagan los mercados libres, la democracia y el derecho, lo que no es menor y sin embargo insuficiente para las personas beneficiarias de estos grandes enunciados, que difieren de un país a otro, que buscan mejores empleos, seguridad personal e integración social. Por ello, de la combinación de las grandes tendencias planetarias y la demanda de las calles de ciudades y de los pueblos, el socialismo está teniendo una segunda oportunidad sobre la tierra.

Si bien esa oportunidad se está expresando en Europa, también puede alcanzar a Latinoamérica en el futuro próximo aunando al conjunto del socialismo democrático occidental, con una demanda de justicia social que permita armonizar competi-

tividad con comunidad. Es deseable destacar qué vamos a recoger de la llamada cultura occidental y qué rescataremos de los aspectos más sustantivos del programa global que cree las condiciones para la realización de los hombres y todo el hombre.

También de los arquetipos renacentistas parece emanar una luz sobre las utopías de los primeros pensadores políticos, que enaltecían el papel de lo público y lo gregario. De allí que, desde estos mínimos espacios conceptuales —promesa de un estado de cosas posdespótico—; ha habido un largo recorrido de las ideas socialistas, desplegadas en construcciones racionalistas del socialismo, en sus fases y expresiones del tipo utópico, científico, estatal, nacionalista, popular, llegando al socialismo democrático o a la social democracia en su versión alemana. Muchos llaman a este recorrido el paso del socialismo imposible al socialismo factible.

Pero ¿de qué puede estar hecho este socialismo factible que parece repuntar al final del milenio y a pocos años de la bancarrota del sistema comunista? ¿Qué partículas lingüísticas substantivas salvar de la marea posmoderna que amenaza con adjetivarlo todo, salvo la maximización de las utilidades? ¿Qué actitud finalmente tomar frente a la técnica, más allá de su marca de la eficiencia y que en la confusión ideológica amenaza con la tranquila neutralidad, implantando un cuerpo burocrático que amenaza con una mediación análoga a la que el abogado realiza ante el juez? ¿Cuánto de conflicto, cuando ya no de lucha, se encuentra ya larvada en la futura tríada laboral de Reich, entre productores, servidores y analistas, que están actualmente conformando el padrón del futuro en ésta área? El socialismo, en su propia identidad que arroja a la historia, debería reencontrarse con lo mejor de su pasado y exteriorizar su propia tradición, que no es otra que las contribuciones a la emancipación humana, oprimida por sistemas políticos despóticos y por sus herederos de los siglos posteriores.

Una cuestión está ya asumida, en gran parte al menos: el socialismo del futuro tendrá un alcance global, no sólo porque hay socialistas en la mayoría de los países del mundo y en las distintas civilizaciones, sino porque los hombres del planeta aún precisan de las ideas socialistas para hacer realidad el sentido de comunidad de los habitantes de su país y también del planeta, que no es otro que la igualdad de la condición humana y la responsabilidad compartida sobre el hogar común, que es el planeta tierra.